

¿POR QUÉ TESTIFICAR?

Fernando Arenales Aliste, 24 de julio de 2020

La primera lección de este trimestre de Escuela Sabática planteaba la siguiente pregunta: “¿Por qué testificar?”. La verdad es que esta pregunta suele escucharse en nuestras iglesias en negativo: “¿por qué no testificamos?”, a lo que suele aducirse en no pocas ocasiones indolencia, acomodamiento, falta de amor por nuestros semejantes, y un largo etcétera de razones. Sea que nos hagamos la pregunta en positivo o en negativo, considero que habríamos de hacer algunas consideraciones previas antes de tan siquiera aproximarnos de manera seria a la cuestión.

Poco después de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, la Biblia nos relata la historia de dos discípulos que caminaban hacia Emaús, y a los que en cierto momento se les unió el propio Jesucristo. Recordemos lo que se decían el uno al otro una vez Jesús desapareció de su vista:

*“Y se decían el uno al otro: ¿**No ardía nuestro corazón** en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?”*

Lucas 24:32

Hagamos una breve reflexión sobre este texto. A estos dos discípulos les ardía el corazón después de que Jesús les habló por el camino. ¿Será que alguien puede callar cuando le arde el corazón porque ha contemplado o ha oído algo formidable, algo maravilloso? En general, no. Y en el caso de estos dos discípulos no fue diferente. Así nos lo corroboran los versículos siguientes:

“Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos”.

Lucas 24:33

Efectivamente, les faltó tiempo para movilizarse e ir a contar su experiencia:

“Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan”.

Lucas 24:35

Recordemos cómo hemos reaccionado nosotros cuando nuestro corazón ardía por algo maravilloso que nos había acontecido: raudos nos hemos apresurado a contarlo. Simplemente no podíamos callar. Aquello resultaba demasiado poderoso para ser retenido en nuestro interior:

“Porque de la abundancia del corazón habla la boca”.

Mateo 12:34

Teniendo esto en cuenta, parece que esos dos discípulos se encontraban en una posición óptima para testificar, precisamente porque les ardía el corazón. Sin duda, lo que habían escuchado de boca de Jesús durante el camino había determinado su experiencia cristiana, y les había llevado a una situación en la que testificar pasaba a ser algo fácil, algo que harían prácticamente de manera espontánea.

Pero, ¿qué fue lo que les había transmitido Jesús que hizo que les ardiera el corazón? La parte final del versículo 32 contesta a esta pregunta: les “abría las Escrituras”. Y, si así fue, hemos de concluir lógicamente que, en el mejor de los casos, las Escrituras no eran para ellos algo plenamente abierto hasta ese momento. Hasta entonces les debía faltar al menos una cierta comprensión sobre ellas, aun cuando eran discípulos de Jesús. Su comprensión anterior les dejaba en una situación un tanto neutra, o, dicho de otra manera, en un estado tibio, que no es frío pero tampoco es caliente. Y esto lleva nuestra atención al mensaje que el testigo fiel le da al ángel de la iglesia de Laodicea:

“Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”.
Apocalipsis 3:16

Efectivamente, así como el corazón de estos dos discípulos no ardía antes de su experiencia con Jesús en el transcurso de su viaje a Emaús, nosotros, laodicenses, no estamos calientes, sino tibios. ¿Cuál es la consecuencia? Hay muchas, pero, en el terreno que ocupa a este artículo, la consecuencia inmediata es que testificar se convierte en algo pesado, algo que hay que autoimponerse, como lo demuestra el simple hecho de que nos formulemos la pregunta: ¿por qué testificar? No creo que sea criticable que nos hagamos tal pregunta, y tampoco que sea el título de una lección de Escuela Sabática. Muy al contrario, lo encuentro muy necesario y productivo si es que nos lleva a hacernos las correctas reflexiones de por qué hemos llegado a la situación de tenernos que formular la pregunta.

Que arda nuestro corazón y que testifiquemos son hechos íntimamente relacionados. El segundo es la consecuencia natural e inmediata del primero. Pero es más: si no arde nuestro corazón es porque, más que probablemente, no tenemos verdaderamente nada importante que contar. O, dicho de otra manera, porque verdaderamente no han llegado a nuestro corazón, o no hemos captado, unas verdaderas buenas nuevas que eleven nuestra alma y la sitúen en estado de “ignición” –discúlpeame la hipérbole–.

Y si en el caso de aquellos dos discípulos la razón de todo esto fue que las Escrituras no se habían abierto a su entendimiento hasta su encuentro con Jesús en el camino de Emaús, muy probablemente en nuestro caso no es muy diferente:

“Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”.

Apocalipsis 3:17

Laodicea piensa que su situación es óptima. Piensa que tiene de todo –“de ninguna cosa tengo necesidad”–, y, por lo tanto, también entendimiento. Pero la realidad es muy diferente, como lo corrobora la segunda parte del versículo.

Haríamos muy bien en reflexionar en si verdaderamente tenemos entendimiento, en si verdaderamente comprendemos las Escrituras, en si verdaderamente tenemos unas buenas nuevas que conmueven nuestro corazón y conmoverían también el de otros. Con frecuencia nos escuchamos a nosotros mismos proclamar: “¡Tenemos un mensaje que dar!”, “Tenemos la verdad. ¡Proclamémosla!”. Pero fijémonos en lo que nos dice la Biblia:

“Y si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo”.
1 Corintios 8:2

Aclaremos algo. La Iglesia Adventista del Séptimo Día tiene la verdad, plasmada en la Biblia y en los escritos de Ellen G. White. Cosa distinta es si esa verdad es completamente aceptada y asimilada en nuestros corazones como miembros individuales de ella.

Ahora, profundicemos un poco más en aquellos hechos acaecidos en el camino de Emaús. Hemos visto que Jesús les *“abría las Escrituras”*. Pero, en concreto, ¿de qué les habló Jesús? Otro versículo del relato nos da la respuesta:

*“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, **les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían**”.*
Lucas 24:27

Jesús les habló de sí mismo. Las buenas nuevas se resumían en un nombre: Jesús. Y, es más, les hizo entender que el gran protagonista del Antiguo Testamento –la totalidad de las Escrituras en aquel momento– era Jesús, ese Redentor, ese Salvador, anunciado por doquiera a lo largo de todo el Antiguo Testamento.

Aquí llegados, dado que las Escrituras les habían permanecido, al menos en cierta manera, veladas a sus ojos hasta entonces, y dado que la revelación a lo largo del camino se había centrado en Jesús, hemos de concluir por tanto que su comprensión de Jesús hasta entonces era deficiente, aun cuando durante tres años y medio habían sido discípulos suyos y habían convivido con Él. Tres años y medio no les habían bastado para que les ardiera el corazón, pero esto sí sucedió cuando las Escrituras les fueron abiertas por el propio Jesús. Dejemos a la iniciativa individual, guiada por el Espíritu Santo, que cada uno considere pertinente o no el identificarse con aquellos dos discípulos.

Efectivamente, las Escrituras nos revelan que Jesús, presentado correctamente, tal cual Él es, crea una atracción irresistible:

“Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”.
Juan 12:32

Y esa palabra, *“levantado”*, puede apelar a dos cosas: a ser correctamente presentado ante los hombres, y a su crucifixión en el Calvario, donde se produjo la más enorme manifestación de amor jamás mostrada en la historia de la humanidad, un amor que sólo puede proceder de quien, en sí mismo, es amor: de Dios.

Efectivamente, la Biblia nos certifica que las buenas nuevas, el Evangelio, cuyo centro es Jesucristo, son algo demasiado bueno, demasiado preciado:

*“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles **el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo**”.*
Efesios 3:8

La expresión “*las inescrutables riquezas de Cristo*” nos habla inequívocamente de algo portentoso, algo maravilloso, que, sin duda, conmueve el corazón. Tanto que, si no lo apreciamos así, si no arde nuestro corazón, podemos estar ante indicios de que, o bien hemos resistido las genuinas buenas nuevas, o bien no nos han llegado ellas sino un sucedáneo o incluso una falsificación.

Veamos una de las descripciones que dio la sierva del Señor al mensaje de 1888, que no es sino el Evangelio en toda su profundidad:

*“Se me ha preguntado: ¿Qué piensa de esa luz que estos hombres están presentando? –Pienso que la he estado presentando en los últimos cuarenta y cinco años: **los encantos incomparables de Cristo**”.*

The 1888 Ellen G. White Materials, p. 349

Lo que ella había estado presentando durante cuarenta y cinco años y que ahora presentaban esos hombres –Waggoner y Jones– fue denominado por ella como ni más ni menos que “*encantos incomparables de Cristo*”. Eso suena a algo superlativo, ¿verdad? ¿Vemos encantos incomparables en Cristo, tanto que, como sucedió a los discípulos que marchaban hacia Emaús, nuestra alma queda indefectiblemente tocada? A tenor de cómo sigue el texto, no debió ser así para la mayoría de los adventistas contemporáneos de quien escribió aquellas palabras:

*“Cuando el hermano Waggoner trajo esas ideas a Minneapolis, fue la primera vez que oía claramente esa enseñanza expresada por labios humanos, a excepción de conversaciones que había mantenido con mi esposo. Me dije: lo veo tan claramente debido a que Dios me lo ha presentado en visión, y **ellos no lo pueden ver por no haberles sido presentado como a mí**; y cuando otro la presentó, cada fibra de mi corazón decía: Amén”.*

The 1888 Ellen G. White Materials, p. 349

Veamos otra presentación que se nos hace de Cristo en las Escrituras:

*“Su paladar es dulcísimo; **¡todo él es deseable!** Así es mi amado, y así es mi amigo, oh hijas de Jerusalén”.*

Cantares 5:16

El libro de Cantares nos presenta la relación de Jesús con su iglesia como un idilio prenupcial entre un novio –Jesús– y una novia –su iglesia–. La amada –la iglesia– dice de Jesús que “*todo él es deseable*”. ¿Es ésa la idea que tenemos de Cristo? ¿Es así como lo percibe nuestro corazón? ¿Es para nosotros todo él deseable, es decir, más que atractivo, bueno, agradable y una larga serie de adjetivos que quedan muy por debajo de “*deseable*”?

Es importante hacer una reseña sobre este texto: esas palabras –“*todo él es deseable*”– son exclamadas por la amada cuando ésta ya está dispuesta para el matrimonio, es decir, cuando ya ha llegado precisamente a apreciar los “*encantos incomparables*” del novio –de Jesús–. La Biblia nos muestra una larguísima sucesión de ocasiones en que la novia es incapaz de apreciar la realidad absolutamente deseable de su pretendiente, lo que le lleva a una larga lista de flirteos e infidelidades con otros pretendientes y amantes.

La imagen simbólica del libro de Cantares resulta tremendamente gráfica y representativa. ¿Cómo suele actuar alguien que está verdaderamente enamorado? Simplemente, no puede callar, no puede disimular. Incluso aunque no hable, sus gestos y ademanes describen su estado de sumo gozo y alegría. Ése será nuestro estado si es que de verdad apreciamos “*los encantos incomparables de Cristo*”. De esa manera, seremos en nosotros mismos testimonio.

Moisés tuvo una experiencia particularmente singular en el monte Sinaí:

*“Él entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió: **Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro**, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente”.*

Éxodo 33:18-19

Dios le mostró a Moisés su carácter, su nombre, el cual consistía en amor: “*todo mi bien*”. ¿Qué efecto tuvo esto en Moisés? Se nos describe un poco después:

*“Y aconteció que descendiendo Moisés del monte Sinaí con las dos tablas del testimonio en su mano, al descender del monte, no sabía Moisés que **la piel de su rostro resplandecía, después que hubo hablado con Dios**”.*

Éxodo 34:29

La piel del rostro de Moisés “*resplandecía*”. Moisés había tenido una experiencia singular con Dios. ¿Cuál fue el hecho determinante que le llevó a esto? Nos lo dice el propio versículo: fue “*después que hubo hablado con Dios*”, cuando Dios le mostró su genuino carácter de amor, según se narra en Éxodo 33:18-19. La Biblia nos habla de unas consecuencias físicas en Moisés –el resplandor en su cara–, las cuales fueron sin duda acompañadas de otras muchas consecuencias no físicas. También sin duda Moisés estaba ya mucho más preparado para testificar que antes de su experiencia en el Sinaí: directamente reflejaba la divinidad de Dios. Moisés se había convertido en un testimonio viviente.

Podríamos mostrar infinidad de imágenes similares presentadas por todas las Escrituras. Pero pasemos más bien ahora a la experiencia contraria, a la de quien pretende testificar teniendo una idea distorsionada de Dios. Un ejemplo claro lo tenemos en los fariseos, los cuales sin duda tenían una idea distorsionada de Dios y de Jesucristo. Tanto es así que lo crucificaron. Pues bien, la Biblia nos describe con sumo detalle cómo era la experiencia evangelizadora de los fariseos:

*“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque **recorréis mar y tierra para hacer un prosélito**, ...”*

Mateo 23:15a

A tenor de lo presentado en el texto, los fariseos no carecían ni mucho menos de celo evangelizador, pues recorrían mar y tierra para hacer un prosélito. Al parecer, ellos no se hacían demasiado la pregunta que nos ocupa: ¿por qué testificar? Ellos simplemente testificaban –o al menos eso pensaban–, y al parecer no escatimaban esfuerzos para ello. Ahora, ¿cuál era el resultado? Lo dice a continuación:

“... y una vez hecho, **le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros**”.
Mateo 23:15b

El resultado no podía ser más catastrófico. Y no podía ser de otra manera, pues, si ellos no conocían a Dios, difícilmente podían presentar verdaderamente a Dios. Más bien presentarían una adulteración de la verdad, proveniente del diablo, lo cual ya vemos a qué consecuencias conduce.

Asegurémonos de conocer a Jesús, de que las Escrituras nos sean verdaderamente abiertas. Sólo entonces, arderá nuestro corazón, y aparecerá en nosotros un genuino y espontáneo celo por hacer llegar a todo nuestro alrededor las buenas nuevas que hemos conocido.

Quisiera, por tanto, dedicar el resto de este artículo a mencionar algunos puntos determinantes para identificar las genuinas y auténticísimas buenas nuevas que constituyen el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Leamos el siguiente texto bíblico:

“Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; **vuélvete a mí, porque yo te redimí**”.
Isaías 44:22

En el versículo hay un llamamiento de Dios nada sorprendente: que nos volvamos a Él. Lo que puede resultar más sorprendente es la razón aducida: “*porque yo te redimí*”, y puede ser sorprendente por el tiempo verbal usado: tiempo pasado. La mayoría del mundo –y la mayoría del cristianismo también–, considera que el cristianismo es algo por lo cual Dios hará algo en favor del hombre una vez éste haya cumplido unos requisitos, o bien haya hecho algo, o bien haya tomado una iniciativa. Y, tristemente, esta idea que emana del arminianismo se ha adentrado en gran manera en las filas adventistas. La mayoría del mundo concibe la idea como sigue: vuélvete a mí y yo te redimiré.

Pero la Biblia es clara y diáfana: “*vuélvete a mí, porque yo te redimí*”, es decir, “*vuélvete a mí*”, porque Yo ya hice –tiempo pasado– algo por ti. Y, sin pretender ser exhaustivos, la idea aparece en muchos más sitios de la Biblia:

“*Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel: No temas, porque **yo te redimí**; te puse nombre, mío eres tú*”.
Isaías 43:1

“*quien **nos salvó** y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos*”.
2 Timoteo 1:9

“**nos salvó**, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”.
Tito 3:5

Efectivamente, la Biblia nos presenta algo que ya ha hecho Dios por nosotros –tiempo pasado– antes de que nos alleguemos a Él. Profundicemos un poco más en la idea leyendo el versículo siguiente al primero que vimos plasmando esta idea:

*“Cantad loores, oh cielos, porque Jehová lo hizo; gritad con júbilo, profundidades de la tierra; prorrumpid, montes, en alabanza; bosque, y todo árbol que en él está; **porque Jehová redimió a Jacob**, y en Israel será glorificado”.*

Isaías 44:23

Este versículo está repleto de expresiones de gozo, de alabanza y de gratitud a Dios. ¿Por qué? “*Porque Jehová redimió a Jacob*” –tiempo pasado–. Sin embargo, a continuación viene otra acción de Dios, ésta ya en tiempo futuro: “*en Israel será glorificado*”.

Jacob e Israel son la misma persona, pues Israel es el nuevo nombre que Dios le puso a Jacob (Génesis 32:28). Ahora bien, desde un punto de vista espiritual, Jacob e Israel no son la misma persona, sino que Israel es la nueva criatura –posterior a la conversión– y Jacob la antigua –anterior a la conversión–. En otras palabras, Dios será glorificado en la nueva criatura –en Israel–, pero ya había redimido a la antigua –a Jacob– antes de su conversión, antes de que se arrepintiese, e incluso antes de que ni siquiera supiese de Dios. Esta idea, esencial para comprender el Evangelio y el amor de Dios, resulta alarmantemente ignorada y dejada de lado en el mismísimo mundo cristiano.

Veamos la idea en otro texto de la Biblia:

*“Porque **el amor de Cristo nos constriñe**, pensando esto: que si **uno murió por todos**, luego todos murieron”.*

2 Corintios 5:14

Vemos aquí de nuevo algo que Jesucristo ya hizo –tiempo pasado–: “*murió por todos*”. “*La paga del pecado es muerte*” (Romanos 6:23). Ésta es una máxima ineludible. Pero, siendo ineludible, Dios ha hecho que no seamos nosotros quienes tengamos que sufrirla. ¿Cómo? Como se explica a continuación:

*“**Imputándole los pecados del mundo a Jesús**, llegó a ser el pecador en lugar de nosotros, y sobre él recayó la maldición debida a nuestros pecados”.*

Ser semejante a Jesús, p. 42

“*Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*” (Isaías 53:6). No se refiere a todos los cristianos, o a todos los creyentes, o a todos los adventistas. No. Se refiere a todo el mundo, creyentes y no creyentes, arrepentidos y no arrepentidos, justos e injustos. Jesucristo es “*el Salvador del mundo*” (1 Juan 4:14). Él pagó con su muerte en la cruz por todos mis pecados antes de que yo mostrase el más mínimo arrepentimiento por ellos. Es más, pagó antes siquiera de que yo, y todos los demás pecadores –todo el mundo–, hubiéramos ni siquiera nacido, pues Él es el “*Cordero que fue inmolado antes de la fundación del mundo*” (Apocalipsis 13:8).

Consideremos de nuevo 2 Corintios 5:14:

*“Porque **el amor de Cristo nos constriñe**, **PENSANDO ESTO**: que si **uno murió por todos**, luego todos murieron”.*

2 Corintios 5:14

El versículo nos dice claramente que es este aspecto del amor de Cristo, el que Él ya haya muerto por todos, el que nos lleva a constreñirnos. Tanto es así, que el versículo

siguiente nos indica claramente que una correcta comprensión de esto nos lleva automáticamente a una completa auto-renuncia, a tomar la cruz de Cristo para seguirlo:

*“y por todos murió, para que los que viven, **ya no vivan para sí**, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”.*

2 Corintios 5:15

Si no estamos constreñidos, si no arde nuestro corazón lleno de gratitud ante tamaña demostración de amor, tanto que no podemos callar lo que Él ya ha hecho por nosotros, puede ser por tanto porque tengamos una idea distorsionada o incompleta del hecho. Veamos una cita del Espíritu de Profecía que puede ayudarnos en este sentido:

*“El castigo por la más mínima transgresión de esa ley es la muerte, y si no fuera por Cristo, el Abogado del pecador, recaería **inmediatamente** sobre cada ofensa”.*

Cada día con Dios, p. 244

“La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23), pero se trata de una paga inmediata, ejecutada tan pronto como incurrimos en pecado. Si no la sufrimos, es simplemente porque fue redirigida a ese Cordero inocente antes de la fundación del mundo. En otras palabras, la prueba inequívoca del ingente sacrificio que Jesucristo hizo por mí es que sigo vivo a pesar de mis muchos pecados. Y esto es extrapolable a todo ser humano, creyente o no, que ha pasado por este mundo, *“por cuanto todos pecaron”* (Romanos 3:23).

Esta idea de la inmediatez de la paga del pecado la encontramos también en la Biblia:

*“mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque **el día que de él comieres**, ciertamente morirás”.*

Génesis 2:17

Dios le dijo a Adán que moriría el mismo día que comiera del árbol. Pero Adán comió y no murió. Ese mismo día Dios hizo morir un animal con cuyas pieles tapó la desnudez de Adán y Eva (Génesis 3:21), animal que representa a ese *“Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo”* por Adán y por nosotros. Es más, Adán no llegó a morir nunca, sino que a los 930 años durmió. La paga del pecado es *“la muerte segunda”* (Apocalipsis 20:14). De otra forma, Jesús no habría muerto en el lugar de Adán, ni en el de nadie que ya hubiera pasado al descanso.

Vemos por tanto que Jesús ya nos ha dado algo a todos los seres humanos, creyentes o no creyentes:

***“A la muerte de Cristo debemos aun esta vida terrenal.** El pan que comemos ha sido comprado por su cuerpo quebrantado. El agua que bebemos ha sido comprada por su sangre derramada. Nadie, santo, o pecador, come su alimento diario sin ser nutrido por el cuerpo y la sangre de Cristo. La cruz del Calvario está estampada en cada pan”.*

El Deseado de todas las gentes, p. 615

Así es. Jesús, literalmente, *“da vida al mundo”* (Juan 6:33). No tendríamos vida –esta vida terrenal– si no fuera porque nuestro Señor murió por nosotros. Y tampoco la

tendrían las plantas o animales que puedan constituir nuestros alimentos. Todo lo que tenemos en este mundo, incluyendo nuestra propia vida, se lo debemos a Cristo, no sólo por creación sino también por redención.

La suma importancia de estos conceptos nos invita a ahondar aún más en ellos. Veamos la siguiente cita del Espíritu de Profecía:

“No hay ningún pecado que pueda cometer el hombre para el cual no se haya hecho provisión en el Calvario”.

Mensajes Selectos I, p. 403

Ésta es la traducción habitual que encontramos en las ediciones en idioma español del libro *Mensajes Selectos I*. La palabra “provisión” apela a algo guardado o reservado para un uso futuro. Sin embargo, ¿es ése el sentido que Ellen White quiso darle a la cita original? Sin ánimo de hacer juicios de intenciones, pareciera que el traductor fue guiado por una mentalidad arminiana. Veamos la cita en el inglés original, tal y como fue escrita:

*“No sin can be committed by man for which **satisfaction** has not been met on Calvary”.*

Selected Messages I, 343

Esa palabra inglesa, “*satisfaction*”, significa, literalmente, “*satisfacción*”, pudiendo usarse, digamos, financieramente, para referirse a la liquidación de una deuda. Hacer liquidación de una deuda es diferente a hacer provisión para ella. La provisión hace acopio del capital necesario para satisfacer la deuda, pero ésta sigue pendiente de pago. La liquidación es el pago definitivo, el cual cancela la deuda. Afortunadamente, encontramos una traducción más correcta de la misma cita en el Comentario Bíblico Adventista:

“No hay pecado que el hombre pueda cometer que no haya sido pagado en el Calvario”.

Comentario Bíblico Adventista, tomo 6, p. 1071

Éstas son verdaderamente buenas nuevas: ¡no hay cargos pendientes ante Dios! Jesucristo pagó por todos los pecados que, de antemano, Dios sabía que cometería la humanidad. O, mejor dicho, por todos menos uno: precisamente rechazar la dádiva de Cristo, lo cual es conocido en la Biblia como el pecado imperdonable (Mateo 12:31).

No es posible dar un testimonio fidedigno de Cristo sin incluir este aspecto de él. Millones de personas en este mundo deambulan sobrecargados por el peso de los pecados que perfectamente conocen han cometido durante sus vidas, y la palabra “Dios” no hace sino abrumarles ante la perspectiva de la retribución que les esperaría ante su triste registro de comportamiento. Sin duda tienen un concepto desvirtuado de Dios, e ignoran completamente que Jesucristo cargó y pagó por cada uno de esa larga lista de pecados. La idea de que no tienen cargos pendientes ante Dios es algo demasiado alejado del concepto carnal que solemos hacernos de un Dios airado. Pero Dios no está airado:

*“que **Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo**, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación”.*

2 Corintios 5:19

Lamentablemente, a pesar del sacrificio expiatorio en la cruz, la mayoría de la humanidad se perderá. Pero será únicamente por una razón:

*“El que creyere y fuere bautizado, será salvo; **mas el que no creyere, será condenado**”.*

Marcos 16:16

Y creer significa creer en el sacrificio expiatorio de Jesús en la cruz por toda la humanidad –lo que hemos estado comentando–, así como creer en que, una vez que yo, arrepentido por mis pecados, me allego a Él, Él, que resucitó y está sentado a la diestra del Padre, me dará la vida justa que vivió cuando estuvo entre nosotros, para que yo también pueda vivirla. Muerte y resurrección de Jesús son los dos aspectos de la dádiva de Jesús para nosotros, y ambos son tan extraordinarios que a muchos les resulta complicado creer uno u otro, o ambos.

Ahora, en el terreno de la testificación, que es el que nos ocupa en este artículo, ¿cómo debería influirnos el creer verdaderamente en la muerte y resurrección de Jesús? Veamos lo que nos dice el testimonio inspirado:

*“Si los hermanos y hermanas estuviesen en el lugar donde debieran estar, **no les sería difícil encontrar algo que decir en honor de Jesús, quien pendió de la cruz del Calvario por los pecados de ellos**. Si se esforzasen más por comprender la condescendencia manifestada por Dios al dar a su amado Hijo unigénito para que muriese en sacrificio por nuestros pecados y transgresiones, por comprender los sufrimientos y la angustia que soportó Jesús a fin de preparar una vía de escape para el hombre culpable y a fin de que pudiese recibir el perdón y vivir, estarían más dispuestos a ensalzar y magnificar a Jesús. **No podrían callar**, sino que con acción de gracias y gratitud hablarían de su gloria y de su poder”.*

Primeros Escritos, pp. 115-116

El texto habla por sí mismo. Simplemente, no podríamos callar. Nuestra proclamación sería sencillamente incontrolable. Nuestra percepción de lo buenas que son las buenas nuevas haría absolutamente innecesario el que tuviésemos que plantearnos la cuestión que da título a este artículo: ¿por qué testificar?

Visto todo esto, volvamos momentáneamente a aquellos dos discípulos que caminaban hacia Emaús. Su corazón ardía cuando Jesús les abría las Escrituras. Pero recordemos que, mientras les hablaba durante el camino, no lo reconocieron. ¿Qué les hizo exactamente reconocer a Jesús? El texto nos responde inequívocamente:

*“Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, **tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista**”.*

Lucas 24:30-31

Lo que les hizo reconocer a Jesús fue el partimiento del pan, esa primera parte de la santa cena que celebramos periódicamente los cristianos. Pero, ¿qué simboliza exactamente el partimiento del pan? Veámoslo:

*“Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y **el pan** que yo daré es mi carne, la cual **yo daré por la vida del mundo**”.*

Juan 6:51

Ese pan que partimos y bendecimos periódicamente en la santa cena es precisamente el recordatorio del sacrificio expiatorio de Jesús por los pecados de toda la humanidad, el cual nos da esta vida terrenal a todos, aun siendo pecadores. Jesús se dio, simple y llanamente, *“por la vida del mundo”*.

De la misma manera que los discípulos que caminaban hacia Emaús reconocieron a Jesús cuando Éste partió el pan y lo bendijo, nosotros reconocemos verdaderamente a Jesús cuando tomamos conciencia de su sacrificio expiatorio en la cruz por nosotros y por toda la humanidad. No podemos reconocerlo verdaderamente si somos incapaces de apreciar esa primera dádiva que Él nos dio antes de que ni siquiera creyéramos.

Pero, así como la santa cena tiene una segunda parte en el vino, Jesús tiene algo más para darnos cuando, arrepentidos, nos allegamos a Él, cuando reconocemos lo que Él ya ha hecho por nosotros y por toda la humanidad en su sacrificio expiatorio. Veamos el siguiente versículo:

*“Y **yo pasé junto a ti**, y te vi sucia en tus sangres, y cuando estabas en tus sangres te dije: ¡Vive! Sí, te dije, cuando estabas en tus sangres: ¡Vive!”.*

Ezequiel 16:6

Este versículo describe esa expiación universal realizada por Cristo en la cruz. Él dice *“¡vive!”* a quien aún no sabe nada de la salvación que hay en la sangre de Cristo, y de ahí que siga sucia en sus sangres. Sigue en sus sangres, no habiendo sido purificada por la sangre de Cristo, pero Éste, al redirigir sobre sí la paga de los pecados de ella, le da vida –esta vida terrenal–. Ahora, esto acontece cuando le dice: *“yo pasé junto a ti”*. Pero, poco después, vuelve a pasar junta a ella, y esto es lo que le dice:

*“Y **pasé yo otra vez junto a ti**, y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores; y extendí mi manto sobre ti, y cubrí tu desnudez; y te di juramento y entré en pacto contigo, dice Jehová el Señor, y fuiste mía”.*

Ezequiel 16:8

Sin ahondar demasiado en ello, pues no es el objeto del presente artículo, este versículo describe una segunda acción de Jesús que ya no es universal. Ésta es sólo para el creyente, para aquel que, reconociendo el sacrificio expiatorio de Jesús hecho por él y por la humanidad en la cruz, entiende que Jesús es verdaderamente su Salvador y acude a Él arrepentido por sus pecados para que Jesús le cubra con su manto de justicia: *“extendí mi manto sobre ti”*. Esta justicia es, por supuesto, la justicia de Cristo, y este segundo aspecto de la salvación, que ya no es objetivo sino subjetivo, por contar con la aceptación del receptor, se llama justificación por la fe, nuevo nacimiento, o perdón de los pecados. Esta secuencia de dos “fases” en la salvación puede verse en numerosos lugares de la Biblia. Sin ánimo de ser exhaustivo, mostraré unos cuantos:

“Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”.

Romanos 5:10

“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

Romanos 8:32

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”

2 Corintios 5:21

Esta segunda fase llamada justificación por la fe es la que habilita al creyente para la vida eterna, precisamente porque recibe la justa vida de Cristo, que es vida eterna. Tras haber recibido en la primera fase la vida terrenal en este mundo, ahora recibe la vida eterna, produciendo en el creyente una renovación del corazón, lo que le convierte en una nueva criatura.

Y esto, amigos, es el milagro de los milagros. Lo que no pueden hacer mil psicólogos, ni mil consejeros espirituales, ni mucho menos toda mi fuerza de voluntad, lo hace el poder de Dios mediante la sangre de Jesucristo. ¿Cuál será mi capacidad para dar testimonio cuando he vivido en mi carne la experiencia de la justificación por la fe? El Espíritu de Profecía nos responde:

*“El hombre sanado fue devuelto a su familia y a la sociedad. Tenía por preciosísimo el don de la salud. Se alegraba en el vigor de la virilidad, y por haber sido restituido a los suyos. A pesar del encargo que le hiciera Jesús, **no pudo callar su curación** y, lleno de gozo, **divulgó el poder de Aquel que le había sanado**”.*

El Ministerio de curación, p. 46

El hombre aquí referido –el leproso de Mateo 8:2-4–, simplemente “no pudo callar su curación”. Lo que experimentó fue demasiado grandioso para poder contenerse, y “divulgó el poder de Aquel que le había sanado”, es decir, de Jesús.

Ahora bien, alguien podría espetar que lo referido en este texto es una curación física, no espiritual. Pero lo cierto es que las numerosas curaciones de Jesús relatadas en la Biblia representan la sanación espiritual que Jesús puede hacer en nosotros. Veámoslo en el siguiente paralelismo hebreo que nos muestra la Biblia:

*“Respondiendo Jesús, les dijo: **Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos**”.*

Lucas 5:31

*“**No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento**”.*

Lucas 5:32

Claramente hay una correspondencia entre sanos y justos, y entre enfermos y pecadores. De modo que cuando Jesús sanaba a un enfermo, la Biblia nos está dando una imagen de la liberación del pecado que Jesús puede hacer en nosotros. Y eso mismo lo corrobora el Espíritu de Profecía:

“La curación del cuerpo era prueba evidente del poder que había renovado el corazón. Cristo mandó al paralítico que se levantara y anduviera, ‘para que sepáis —dijo— que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados’ ”.

El Ministerio de curación, p. 51

La sanación del ser humano, la física pero mucho más la moral, es el mayor testimonio que puede darse de Dios. Es la mayor evidencia del poder de Dios. Es algo sencillamente incontestable, y algo que no puede disimularse. Por eso Pablo nos dice:

*“Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino **con demostración del Espíritu y de poder**”.*

1 Corintios 2:4

El testimonio dado de ese modo deja una huella indeleble en el hombre:

“para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”.

1 Corintios 2:5

La fe fundada en la evidencia de la existencia de Dios –y no hay mayor evidencia de la existencia de Dios que su poder para restaurar el corazón humano– no crea hijos del infierno dos veces mayores que los fariseos (Mateo 23:15), sino sólidos y firmes hijos de Dios. No hay palabra persuasiva ni sabiduría de hombres que pueda reemplazar eso. Un testimonio tal es inconvencible.

Antes de finalizar, quisiera resaltar un aspecto que es fundamental para que podamos testificar verdaderamente, tal y como lo hace aquel cuyo corazón arde. Para ello, veamos el siguiente texto:

*“Y cuando él venga, **convencerá al mundo de pecado**, de justicia y de juicio”.*

Juan 16:8

Jesús habló de tres tareas de convencimiento que el Espíritu Santo haría sobre nosotros. El convencimiento de pecado es la primera de ellas. Es la primera porque no podemos ser convencidos de justicia y de juicio sin que primeramente hayamos sido convencidos de pecado. Y lo recalco aquí porque también es absolutamente necesario que seamos convencidos de pecado para que estemos en verdadera disposición de testificar.

Si no somos convencidos de pecado, si no entendemos cuán grande es nuestro problema, si no entendemos que nosotros, personalmente, crucificamos con cada uno de nuestros pecados al Hijo de Dios en la cruel cruz del Calvario, nunca seremos capaces de apreciar cuán grande regalo celestial es Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado para morir en nuestro lugar por nuestros pecados y para darnos, para que sea nuestra, su vida victoriosa en este mundo. En otras palabras: no entenderemos cuán grande es nuestra necesidad de un Salvador, y, por lo tanto, ni arderá nuestro corazón, ni correremos

raudos a pregonar las buenas nuevas de salvación como hicieron todos y cada uno de los sanados por Jesús de los que nos relatan los evangelios.

La parábola del publicano y el fariseo nos muestra claramente este asunto. El fariseo tenía una alta noción de sí mismo (Lucas 18:11-12). Se veía más que razonablemente bien. Su discurso no parece mostrar que se sintiese en necesidad de un Salvador.

En cambio, el publicano se veía tremendamente mal (Lucas 18:13). Tanto, que solicitaba el favor del Cielo –“Dios, sé propicio a mí”–. En otras palabras, solicitaba un Salvador. ¿Cuál sería su sentir al saber las buenas nuevas de que el Cielo le daba un Salvador? Sería de tremendo alivio y de tremendo gozo, y su gratitud sería superlativa. Su entusiasmo sería tan grande que, como no nos cansamos de repetir, ardería su corazón y, simplemente, no podría callar. En sí mismo, él sería un testimonio.

El fariseo, por el contrario, nunca sería un gran testimonio. ¿Por qué? Simplemente porque no tenía buenas nuevas que contar. Al tener tan grande autoestima, nunca podría valorar a su Salvador como algo relevante para sí mismo. Sería incapaz de apreciar lo que significaba un Salvador para sí mismo, y por ende para nadie.

Todo autoengaño acerca de nuestra patética situación, toda benevolencia con que queramos autocontemplarnos, toda autoestima que, siguiendo las recomendaciones de la psicología de nuestro tiempo, queramos desarrollar, arruinarán nuestra experiencia cristiana. Seremos incapaces de valorar a nuestro Salvador y, por muchos esfuerzos misioneros que queramos autoimponernos, nuestro mensaje será hueco e inútil pues, en realidad, no tendremos nada relevante que contar.

Veamos que esto mismo nos lo confirma el Espíritu de Profecía:

“Es sólo cuando el pecador siente la necesidad de un Salvador que su corazón persigue al Único que puede ayudarlo”.

Review & Herald, 15 marzo 1887

En otras palabras, sólo sintiendo la necesidad de un Salvador seremos auténticos seguidores de Jesús. Y no habrá testificación posible de otra forma. Ellen White nos dice más en el mismo artículo:

“Quien posee Justicia propia no siente ninguna necesidad de Cristo. Y, cuando aquellos que profesan su nombre ensalzan su propia sabiduría y bondad, dan evidencia de que no lo conocen. Tan pronto como Cristo es revelado al alma, el pecador siente que su única esperanza está en el Cordero de Dios como propiciación por el pecado”.

Review & Herald, 15 marzo 1887

Sólo contemplando a nuestro Salvador como algo de la más extrema y vital importancia para nosotros mismos seremos capaces de verlo de igual manera para los demás. Y sólo así tendremos algo relevante que contarles:

“Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!”.

Romanos 10:15b